

Ponencia:"El magisterio de Juan Pablo II a favor de la vida", Congreso  
Internacional para una Cultura de la Vida. Roma, Italia  
23.IV.96

El tema del magisterio de S.S. Juan Pablo II sobre la vida es sumamente vasto, y me propongo por eso limitarme a ciertos aspectos que tocan a la significación del cuerpo humano. Empiezo por anotar cuatro afirmaciones de Evangelium Vitae (EV) que llaman a la reflexión por ser hasta sorprendentes dentro del contexto cultural contemporáneo.

1.- La vida es siempre un bien. (EV 34)

Parece que no fuera así. Hoy llega a parecer extraña una postura que le da un valor incondicionalmente positivo a la vida humana.

Más bien se llega a pensar que lo que importa es la llamada "calidad de vida". La vida misma no es ni un bien ni un mal, sino un hecho más dentro de la naturaleza, mientras que bienes o males son los estados o situaciones por los cuales ella llega a atravesar. Lo único que merecería llamarse un bien, en el sentido de algo apetecible por sí mismo y necesariamente, es la libertad de decidir.

La Encíclica en cambio va más allá de apreciaciones subjetivas sobre "los bienes" de la vida, y rescata para ella misma el triple carácter de ser una realidad, de ser una realidad sagrada, y de ser una realidad "penúltima", no "última".

Se trata de una realidad, no de un conjunto de fenómenos a los cuales se les confiriera un sentido por la intención de un observador.

Se afirma además su carácter de realidad sagrada. Ella constituye un fundamento cierto, sólido para la valoración de las cosas humanas.

Finalmente esta realidad sagrada no es una realidad última, sino una realidad penúltima. Ella es expresión de nuestra condición de creaturas que tienen hasta su propio ser del don gratuito del creador, siendo el "bien" de este ser un reflejo de la infinita bondad de Dios.

Por lo tanto, la vida es un bien.

2.- Hay un Evangelio de la Vida

Lo afirman ya las primeras palabras de la Encíclica, y este dicho puede sorprender, ya que el único Evangelio es propiamente Jesucristo.

La Encíclica se hace cargo de la dificultad al reafirmar que "Jesús es el único Evangelio: no tenemos otra cosa que decir y testimoniar" (EV 80 ; 1 Jn 1:1,3). Pero el Evangelio de la Vida es parte integrante del Evangelio que es Jesucristo (EV 78). Y precisamente el anuncio de Jesús es anuncio de la vida (EV 80).

Pero si el anuncio de Jesús es anuncio de la vida ¿cómo y bajo qué condiciones es el anuncio de la vida anuncio de Jesús?.

Hay dos presupuestos para que el anuncio de la vida sea anuncio de Jesucristo.

El primero es el que mencionaba antes de que la vida humana no es realidad última, sino realidad penúltima, vida de creatura, marcada por un llamado a la participación en la vida misma de Dios, de tal modo que ya en su fase o modalidad terrena, se manifiesta la grandeza y el valor de esa condición sobrenatural.

El segundo es que la vida así asumida y sobreelevada por Dios, es la vida humana concreta, la que tiene sede en un cuerpo con sus dinanismos biológicos y psicológicos. La indisoluble unidad de la persona determina que todas sus expresiones corporales se hallen revestidas de la peculiar dignidad que es propia del conjunto.

San Pablo les enseña enfáticamente a los Corintios que sus cuerpos son miembros de Cristo(1 Cor 6, 15). Son ellos los que están destinados a la Resurrección, y toda la vida humana está entonces dotada, también en lo que llamaríamos sus expresiones corporales, de una incomparable dignidad.

La Encíclica recuerda (EV 34) este carácter de supremo valor que tiene la vida humana, y anota que él es en cierto modo un "dato fundamental" de la experiencia humana (EV 34), incluso en forma independiente de la Revelación.

Así, que hay ocasiones en que los hombres se sienten obligados a ofrecer un testimonio irrecusable de la excelsa condición de algún bien en el que participan y que los trasciende. En esas circunstancias, pueden sentirse llamados a hacer entrega de lo máximo de que pudieran disponer, y eso no viene a ser otra cosa que la vida corporal. Así daba testimonio Antígona de su destino de participar del amor y no del odio; así Sócrates de que es mejor sufrir la injusticia que causarla. Aparece pues, que es una espontánea manifestación de lo humano la de poner en la balanza lo más alto que podemos concebir, con la realidad humilde de esta vida en el cuerpo con todas sus limitaciones y contradicciones.

La respuesta entonces a la pregunta de por qué podemos hablar de un Evangelio de la Vida, es simplemente esta, que ya en la condición corporal propia de la vida humana se revela en su esplendor el don gratuito de la vida eterna en Jesucristo.

### 3.- Hay toda una dinámica social que brota del Evangelio de la Vida.

Hoy parecería por el contrario que la vida es asunto individual.

Pero el núcleo mismo de este Evangelio es el anuncio de un "Dios vivo y cercano"(EV81), o sea Dios que nos convoca a participar de Su vida, que la comunica a este ser cuya dignidad se halla ligada a su corporeidad, condición que fue sellada de una vez para siempre por el acontecimiento radicalmente único de Jesucristo, la Encarnación del Verbo de Dios, y que justamente por virtud de ella realiza su propia entrega en plena libertad (EV81).

La consecuencia primordial de ese núcleo es el carácter sagrado e inviolable de la vida humana por el hecho de ser ella un don de Dios, con todo el impacto social que este hecho tiene.

Es importante destacar que esta percepción forma parte de los grandes progresos hechos por la razón natural aun sin la luz de la Revelación, como se puede entender de una mirada aun superficial al acto médico.

Desde mucho tiempo antes de que ella llegara a ser verdaderamente eficaz, la Medicina, entendida como una acción racional y no mágica, había sido impulsada por la benevolencia. Esto era por ejemplo el sentido de las palabras del juramento hipocrático: "Usaré los recursos médicos para las necesidades de los pacientes en toda casa a la que entre me introduciré para bien de los enfermos...". Pero no se trataba aquí de una benevolencia cualquiera, sino de una que estaba dirigida a un hombre disminuido, a un enfermo. Esa disposición espiritual hacia el débil e indefenso, ha acompañado a la Medicina por espacio de tantos siglos, que espontáneamente nos parece que ella pertenece a la naturaleza misma del acto médico.

Esta atención al desválido es expresión de una honda fuerza social poderosamente vinculante. Corresponde a un lazo altruista y solidario que engendra y mantiene la confianza recíproca que alimenta la vitalidad de la comunidad humana.

Ya Platón advertía que el arte médica no se relaciona con el placer sino con el bien. Por eso mismo, la Medicina, encargada de aliviar las dolencias del cuerpo, vino a adquirir desde antiguo la fuerza y el prestigio de una sabiduría sobre el

hombre. Y nosotros los cristianos entendemos hoy que eso se debía a que su impulso más primario era una especie de "semilla del Verbo".

La verdadera Medicina es como una expresión simbólica de algo que la Encíclica propone como una dinámica social al servicio de la vida: "El Dios de la Alianza ha confiado la vida de cada hombre a otro hombre hermano suyo, según la ley de la reciprocidad del dar y recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro".(EV 76)

#### 4.- El Papa afirma que el Evangelio de la Vida está confrontado por una verdadera cultura de la muerte.

El Papa lo afirma ante una prédica contemporánea que se dice humanitaria, y aun más, la Encíclica sostiene que aquella cultura tiene algunas de sus expresiones más inhumanas precisamente en una distorsión de la acción médica.

Así señala "la misma medicina que por su vocación está ordenada a la defensa y cuidado de la vida humana, se presta cada vez más en algunos de sus sectores a realizar estos actos contra la persona, deformando así su rostro, contradiciéndose a sí misma y degradando la dignidad de quienes la ejercen..."(EV4).

El tono de urgencia usado en la Encíclica sugiere que hay algo nuevo en los delitos contra la vida que los hace particularmente peligrosos para el futuro de la humanidad, y que es precisamente lo que configura una "cultura de la muerte". No es tanto que se cometan pecados graves cuanto que se los justifica y acepta plenamente por un peculiar oscurecimiento de la conciencia moral. Los "delitti" se han transformado en "diritti".(EV 11 )

\*\*\*\*\*

Quisiera detenerme sobre este aspecto de la cultura de la muerte en cuanto él mira a las ciencias biomédicas.

Ya en los escritos hipocráticos se percibe una tensión entre la Medicina y la Física, entre la explicación de la enfermedad corporal atendiendo a múltiples principios, y su alternativa, la explicación monista de los físicos presocráticos. En nuestro tiempo, el enorme avance de la tecnología médica lleva de nuevo aparejada la tentación de reducir la interpretación del cuerpo humano y sus trastornos, al solo campo de las ciencias naturales.

El cuerpo humano viene a ser hoy día otra instancia de "individuo biológico", un elemento más dentro de la realidad que describe la tecnociencia, básicamente

una máquina termodinámica, abierta al intercambio de materia y energía y dotada como tal de la capacidad de auto organización.

Pero me interesa recordar que esta manera de ver no es una consecuencia del adelanto científico, sino que aparece ya en sus comienzos, como parte de una compleja opción cultural en el concepto del hombre. Su origen remoto está relacionado con la propuesta sistemáticamente desarrollada por Descartes, del cuerpo como máquina. En el Tratado de las Pasiones del alma (arts.2, 4 y 7), Decartes expone la idea de la yuxtaposición del alma y la "máquina del cuerpo", como la llama. "...Todos los movimientos que están en nosotros y no dependen del pensamiento, pertenecen sólo al cuerpo"; "...para que se entienda mejor explicaré en pocas palabras el modo como está compuesta la máquina de nuestro cuerpo"; "...no encontramos que haya ningún sujeto que actúe tan directamente frente a nuestra alma como el cuerpo al que está unida..."

Una máquina no está definida por los usos o finalidades que se le hayan de dar, sino que consiste en un sistema cuyos estados se suceden según reglas determinadas. El empleo que se le dé a la máquina no forma parte de su descripción, sino que depende de la voluntad de un sujeto, que pasa a ser como el amo absoluto de la situación. Una reducción del cuerpo humano a mecanismos, engendra inevitablemente la situación descrita vívidamente en Veritatis Splendor (VS48). "Una libertad que pretende ser absoluta acaba por tratar al cuerpo humano como un ser en bruto, desprovisto de significado y de valores morales hasta que ella no lo revista de su proyecto. Sus dinanismos no podrían constituir puntos de referencia para la opción moral."

El estudio de los mecanismos que rigen el comportamiento de los objetos biológicos, demuestra una reconocida fecundidad. Pero dentro de la dinámica del progreso científico, no podía evitarse que llegara a hacerse tema de su estudio al más interesante de todos los objetos, que es el propio "yo". La psicología de profundidad en su versión freudiana representó un primer intento de grandes proyecciones de explorar al "yo" como si fuera asiento de mecanismos que explicaban su funcionamiento al margen de la propia conciencia. Los clásicos estudios etológicos de Lorenz y de Timbergen abrieron los ojos sobre los factores genéticamente determinados que condicionan el modo de "conocer" y de actuar de los animales, y verosímilmente los del hombre. En su conjunto, estos estudios mostraron lo fructífero que resulta analizar el "yo" como un objeto científico cualquiera, lo que significa prescindir de su singularidad para subsumirlo en el dinamismo del sistema de relaciones que describen las leyes de la naturaleza. En esa orientación se ordena el vigoroso desarrollo de la neurofisiología del sistema nervioso central y singularmente de las llamadas "ciencias cognitivas". La ciencia pues, que parecía exigir un "yo fuerte" capaz de incorporar el objeto de su conocimiento,

desarrolla y justifica una noción de "yo débil" que está codeterminado con las cosas, e incorporado a mecanismos más generales.

Paralelamente se desarrollaba una visión que, si bien parecía complementaria del mecanicismo, era radicalmente incompatible con él. Esta noción tomó por así decirlo conciencia de sí misma en la obra de Federico Nietzsche.

Enfrentado a un mundo que es maleable por la técnica y cuyas leyes le parecen radicalmente accesibles, el hombre afirmado en que la certeza de su propia existencia es la única base incontestable para el pensamiento, entra a hacer jugar su voluntad ordenadora, su voluntad que no puede dejar de querer ordenar y disponer, porque " la voluntad antes prefiere querer la nada que no querer" (F. Nietzsche, *Genealogie der moral*, 3.Abhandlung 1887); ella querría incluso la aniquilación para ordenar partiendo desde cero, y la forma de ordenar es postular valores, cuya función es en el fondo la de conservar la propia voluntad ordenadora. En cierta forma esta voluntad de ordenar y disponer precede incluso a la voluntad de certidumbre, esta es necesitada por aquella. Como explicaba el mismo Nietzsche, en un mundo falto de sentido, el hombre puede vivir en la medida en que su voluntad le permita organizar un pedazo de él. Los valores que el hombre cree descubrir, independientemente de toda sumisión a la verdad sobre las cosas, se revelan entonces como hijos de la voluntad de poder. Devaluados así los valores, se sacrifica el sentido, y es la progresiva admisión de este criterio lo que demanda que Dios sea excluido de la escena.

Así se tiende a no ver en la persona sino una libertad sin condicionamientos objetivos.

Para la Encíclica, esta es una raíz importante del fenómeno social que la ocupa. "...Cada vez que la libertad queriendo emanciparse de cualquier tradición y autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, fundamento de la vida personal y social, la persona acaba por asumir como única e indiscutible referencia para sus propias decisiones, no ya la verdad sobre el bien y el mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho...." (EV19) La última consecuencia ha de verse en esas formas del consenso social en las que la afirmación de la propia libertad no admite otro límite que el de la autoafirmación de los otros individuos, igualmente arbitraria que la mía, pero por lo mismo dotada de fuerzas similares. Hay muchas formas de consenso que parecen simplemente un conflicto entre rivales cansados.

El cuerpo-máquina y el hombre-libertad. He ahí dos concepciones que están presentes en la vida cotidiana de los pueblos, desde las decisiones de salud pública hasta las manifestaciones juveniles de la música rock. Son dos concepciones que parecen entenderse, y que son sin embargo radicalmente

incompatibles entre sí. Porque el ejercicio de la libertad supone un "yo" que se afirme con fuerza a sí mismo; mientras que la investigación científica de los mecanismos cognitivos y volitivos, parece disolver el "yo" en la nada. La realidad, por un lado, es una proyección de la libertad, mientras la libertad por el otro, pasa a ser un ejercicio de la nada. Esto conduce a un nihilismo radical.

Creo que esto es muy importante, y quisiera destacarlo como tema central de estas reflexiones. El sitio mismo ante el cual se estrellan dos tendencias muy poderosas en la cultura contemporánea, es el cuerpo humano. En él se muestra como ellas terminan negando de modo terminante todo fundamento para el operar de la vida humana.

Los dos polos a los que me he referido, son explicados con admirable lucidez en Veritatis Splendor (VS 46):

"...para algunos la naturaleza se reduce a material para la actuación humana...[que]...debería ser transformada profundamente por la libertad, dado que constituye su límite y negación....

"...para otros es la promoción sin límites del poder del hombre o de su libertad[la manera]...como se constituyen los valores. Entonces la naturaleza estaría representada por todo lo que en el hombre y el mundo se sitúa fuera de la libertad... "

En un mundo sin Dios y por ende sin sentido, el dilema no tiene una solución estable, ni en lo personal ni en lo social. El hombre, al ponerse al margen de la naturaleza se instala en "la libertad de la nada", y cree trascender su propia existencia humana. Pasa a oscilar entre la condición de parte de un mundo mecanizado a la de sujeto no racional que persigue la satisfacción de todos sus deseos. Los hombres oscilan desde una exuberante vitalidad corporal que busca y desafía sus propios límites hasta el frío control racional donde en la frase de Michel Foucault, "el alma es la cárcel del cuerpo". Pero no hay ninguna cantidad de comparaciones heroicas y frases desafiantes que pueda disimular la miseria de esta condición, arrojada entre la mecanización y el desenfreno.

La inconsistencia lógica de este mundo que presumía ante todo de lógico, se hace muy aparente para los hombres de ciencia especialmente para algunos empeñados en las ciencias cognitivas. Para alguno de ellos, esta "nada" de la que hablan los filósofos es sólo una reificación de la nada, un intento de hacer de ella un objeto que sirva de fundamento, como si fuera un último expediente de la razón que quiere capturar la realidad. La cognición se puede manejar en forma que ella pierda todo vínculo con cualquier forma de realidad preexistente y pase a ser un proceso de orientación de las experiencias perceptuales: "la cognición ...consiste en hacer emerger un mundo por medio de una historia

viable de acoplamiento estructural" (F. J.Varela, E. Thompson and E . Rosch, The embodied mind, M.I.T. Press, 1991). Se trata de la experiencia de una acción que prescinde tanto del "yo", considerado ilusorio, como del mundo que surge en el comportamiento del observado. Esta condición aparece como una imagen, casi una metáfora, de un desasimiento radical de sí mismo y del mundo que se alcanza en la experiencia del vacío, del "sunyata". Sin ir más lejos en esto sólo quisiera ahora llamar la atención sobre el hecho de que la contradicción sobre la que he insistido no conduce a muchos a un regreso hacia una visión fuerte del ser, sino más bien hacia una radical disolución de él.

El mundo tecnocientífico es curiosamente proclive a estas interpretaciones. Hay modos de ver como los de Keiji Nishitani (K. Nishitani, Religion and Nothingness, Univ. of California Press, 1982) que constituyen una interpretación budista de la tecnología en la que el dualismo entre el que conoce y lo conocido se disipa. La máquina pone de manifiesto las leyes de la naturaleza al estado puro, es una especie de naturaleza abstracta, un sustituto de la naturaleza despojado de su contingencia, el sitio donde las leyes de la naturaleza se ejercen en su máxima pureza que parece en sí imposible para los eventos naturales. Así, una piedra que cae cumple las leyes naturales; en un animal que sigue su instinto, estas leyes se unifican en una finalidad. En la tecnología, son las mismas leyes que se muestran en la máquina tras haber sido internalizadas en el hombre.

Levinas (E. Levinas, Ist die Ontologie fundamental, Übersetzung von W.N. Krevani, Karl Alber Verlag, 1992) ha observado que "...el Otro es el único ente cuya negación sólo puede acontecer en forma total: como homicidio..." Tales palabras hallan una terrible aplicación en el resultado de las ideas que proponen disolución de la realidad propia del cuerpo humano en los mecanismos de la biosfera. Algunas de las manifestaciones más salientes de la "...cultura de la muerte...", tienen que ver directamente con la destrucción de la vida en el aborto y la manipulación embrionaria. Ellas pueden servir para ilustrar por contraste las ideas que estaba desarrollando.

Como dice el Papa "...es precisamente la problemática del respeto a la vida la que muestra los equívocos y contradicciones, con sus terribles resultados prácticos, que se encubren en esta postura..." (EV 70)

El dilema que he esbozado se suele esquivar reiterando la adhesión a un humanismo hijo de la ilustración, y para el cual la persona del hombre no puede ser considerada como un medio para nada, sino como un fin en sí misma. Pero una afirmación como esa reclama una verificación en los hechos. Aquí es mi comportamiento el que puede verificar mis convicciones.

Es claro entonces que cuestiones como la del aborto o la de la experimentación embrionaria, obligan a definir en forma práctica la actitud ante la persona



humana, y no sólo la concepción que se tenga del feto o del embrión. Porque habida cuenta de lo que es la persona, mi comportamiento ante el feto o el embrión, aun en situación de incerteza, es una evidencia clara de la forma en la que yo la valoro.

En otras palabras, podría ser que el embrión fuera una persona y podría ser que al mismo tiempo esta condición no fuera evidente. ¿Cuál sería entonces la conducta a seguir?. Si en una situación de incertidumbre, yo me comporto activamente como si el embrión no tuviera carácter personal y apruebo su manipulación o destrucción, entonces estoy diciendo que la persona humana en general - y no sólo la de mi víctima - tiene poco valor para mí. En caso contrario - si respeto su vida - estoy, o bien afirmando su condición de persona, o al menos, suspendiendo el juicio y dándole el beneficio de la duda en atención precisamente al valor inconmensurable de lo que puede estar en juego. Si afirmo valorar altamente la persona, no parece consecuente decir al mismo tiempo que apruebo la manipulación y destrucción de embriones, que podrían tener calidad de tal.

La posición de *Evangelium Vitae* es clara y simple: (EV 60): "Algunos intentan justificar el aborto sosteniendo que el fruto de la concepción, al menos hasta un cierto número de días, no puede ser todavía considerado una vida humana personal está en juego algo tan importante que, desde el punto de vista de la obligación moral, bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano... "

Ya estas consideraciones sugieren que la práctica del aborto y la experimentación embrionaria no reflejan tanto una convicción de que el embrión no tiene la condición de persona, cuanto un franco escepticismo frente a la misma posibilidad de que el hombre tenga una verdad, una consistencia inteligible.

Crucial es entonces la rectificación sobre el valor del cuerpo enseñada en *Veritatis Splendor* (VS 48 y 49). Allí se recuerda que "...una doctrina que separe el acto moral de las dimensiones corpóreas de su ejercicio es contraria a la enseñanza de la Sagrada escritura y de la Tradición...", y se rechaza formalmente la idea de que la naturaleza humana y el cuerpo pudieran ser considerados como "...presupuestos o preliminares, materialmente necesarios para la decisión de la libertad, pero extrínsecos a la persona, al sujeto y al acto humano..."

De ahí la importancia de los números que le consagra *Evangelium Vitae* al mandamiento de "no matarás". Este, que protege la vida corporal del hombre, aparece como la cota mínima, por encima de la cual se pueden hacer oír los

llamados positivos a la solidaridad y al amor del prójimo, y al amor de Dios. Sin la defensa de cada vida concreta, ningún llamado general a la hermandad o al respeto tiene ningún sentido.

Una cultura no es una teoría o una doctrina. Comprende las actitudes, ideas y sentimientos por los cuales el hombre define su relación con Dios, con los otros hombres y con el mundo. ( Núm. 386, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 1979) El único sujeto óptico de la cultura es el hombre (Discurso de S. S. Juan Pablo II ante la UNESCO, 1980). Por eso el elemento crucial dentro de una cultura de la vida, es el pueblo de la vida, formado por los que se transforman en portadores de esa visión entre sus hermanos.

La Encíclica enumera largamente las expresiones concretas del pueblo de la vida. Se trata de todas las formas de cuidado y atención dirigidas primordialmente a los sufrimientos físicos y psicológicos, así como a iluminar las conciencias en torno al significado de la vida, del sufrimiento y de la muerte.

Un lugar privilegiado para la construcción del pueblo de la vida es la familia. En ella se suscitan y se construyen las personas, en el doble aspecto de la seguridad de su propia consistencia y valía, y de la relación amorosa en la entrega recíproca. El magisterio ha insistido sobre el valor de la institución matrimonial como base y condición de la familia, al decir en Familiaris Consortio, "...la institución matrimonial...[es]...exigencia interior del pacto de amor conyugal que se confirma públicamente como único y exclusivo..."Parte esencial de ese pacto es la donación física, "...si la persona se reservara algo, o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente (FC 11". Una vez más aparece aquí la singular dignidad del cuerpo humano, expresión, sello y garantía de la unión de las personas. La misma Encíclica agrega para ratificar la enseñanza: "...el efecto primario e inmediato del matrimonio...[es]...el vínculo conyugal cristiano...el amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona - reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad..." (FC 13).

La unidad que existe entre la unión espiritual de los esposos, su vida afectiva y sexual y la perpetuación de la vida en los hijos, constituye un todo que es expresión de la persona y cuya integridad es manifestación de la integridad de la vida personal.

Quisiera hacer antes de terminar una especie de aparte en este punto, para referirme a una extraña paradoja de reciente aparición.

Muchas veces se ha recordado la frase de Chesterton de que el mundo está lleno de virtudes cristianas que se han vuelto locas. La recordaba al leer un documento de orientación peligrosamente antihumana como es la Plataforma de Acción de la reciente Conferencia de Beijing. Allí se habla una vez más de "salud reproductiva" (Platform of Action 96). Ya el solo término es peculiar: nadie habla de "salud digestiva" ni de "salud respiratoria"; ni siquiera de "salud laboral". En cambio todos sabemos que sí se habla de "salud mental", y es porque en los procesos de la mente se entiende que está comprometida la integridad de la persona, que es el sujeto propio de la "salud". Pero ahora, en las propias páginas del documento aludido, se junta en un solo haz bajo la denominación de "salud reproductiva", a la vida afectiva, la vida sexual, la procreación, la vida social, etc. En esta forma se viene a reconocer que todo este conjunto forma una unidad que toca directamente a la persona. Es claro que - dada la concesión de libertad que predomina en el documento de Beijing - lo que resulta es una verdadera caricatura, pero así y todo ella recuerda a la postura tan atacada de *Humanae Vitae* de que son inseparables los aspectos unitivo y procreativo de la vida conyugal.

\*\*\*\*\*

He tocado temas como son el del respeto a la vida antes del nacimiento y el de la unión matrimonial, porque creo que desde *Humanae Vitae* hasta *Evangelium Vitae* se tiende un arco que abarca una enseñanza esencial de dos pontificados. Entre muchas notas que les son comunes, he querido destacar esta, de la defensa de la expresión física de la persona, de la integridad de su vida corporal y de su trascendencia para el reino de Dios.

Tanto en las ricas posibilidades como en la limitación obvia de su condición corporal, el hombre experimenta su condición de creatura. Como tal no está facultado para desprenderse de las exigencias propias de la naturaleza, pero de su naturaleza. No pertenece sin más al mundo del material elaborable como tampoco al de la pura libertad. Su condición de creatura lo coloca bajo la ley natural la cual en su caso, se refiere VS n50 "... a la naturaleza propia y originaria del hombre, a la "naturaleza de la persona humana" que es la persona misma en la unidad de alma y cuerpo".

Estas palabras de *Veritatis Splendor* darían por sí solas tema para una meditación pausada sobre lo que es esta vida humana cuyo misterio se esclarece sólo en el misterio de la Encarnación del Verbo.

Obviamente no es el momento para extenderme en ese punto sino sólo para dejar señalado un punto de la reflexión antropológica que recibe una luz singular de la enseñanza de Juan Pablo II.

